



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Dres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 40 de Julio de 1864.

NÚM. 33.

#### SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores.  
—Revista de Madrid, por D. A. F. Grilo.—El dinero, por D. Jaime Peyró y Dauder.—El Merri-mac.—Numismática, por D. Buenaventura Hernandez Sanahuja.—Epístola: A mi amigo el poeta D. Teodoro Llorente, (poesía) por D. Jacinto Labaila.—El ciego de los Valles: Novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornoz, (continuación).

**Láminas.** Interior de la batería del Merri-mac.—Monedas y medallas antiguas.

#### REVISTA DE LA SEMANA.

**E**n tiempos antiguos los alquimistas buscaban la piedra filosofal, esto es, la manera de enriquecerse fabricando ese codiciado metal llamado oro.  
Hoy los que tenemos que llenar unas cuantas columnas del periódico para interesar, deleitar ó entretener á nuestros lectores, buscamos también infructuosamente acontecimientos dignos de ocupar la imaginación de los lectores.

Aterrados vemos llegar el fin de la semana, máxime cuando la penuria de asuntos es tan grande.

Si nos echamos de lleno en el golfo de

los sucesos extranjeros, poco agradable se nos hace tratar de continuas luchas é interminables cuestiones diplomáticas.

Si nos concretamos á no pasar del límite de lo que ocurre en nuestra Península, poco podemos decir, pero sin embargo tendrá el carácter local y esto es algo.

La política duerme.

Decimos esto porque sueña.

Hace días que las columnas de algunos periódicos presentan un color rojizo.

Unos nos hablan de próximos trastornos; otros, recorriendo el vasto campo de los espacios imaginarios, nos daban como segura la caída del actual gabinete.

Los mas interpretaban esos sueños como el sabio José los de Faraon, poniendo en claro el origen de todas esas noticias alarmantes y el interés que las mismas envolvían.

Procuraremos vencer la ilusión de esa óptica engañadora, y contemplemos la nación tal cual existe.

Preciso es que confesemos que no ha llegado la época del acierto en los vaticinios.

El trípode desde el cual se comunicaban todas estas noticias ha venido al suelo al leve soplo de la razón y del desinterés de las personas encargadas de desmentirlas.

En el día difícilmente se alucina con falsa palabrería.

En los malos actos se descubren instantáneamente las malas intenciones.

Esto, sin embargo, nunca faltan ilusos que creen minar por su base la situación, para despues alojar en mas ancho recinto la serie múltiple de sus necesidades, mejor dicho, exigencias.

A todo quiere darse hoy una importancia que no existe.

En el fondo de todos los sucesos parece verse un *casus belli*, el primer eslabon de la

cadena de un mundo de sucesos desastrosos.

Afortunadamente las frescas olas de Cantabria y el ambiente que se respira en los frondosos jardines de la Granja ó en las pintorescas montañas de Alava y Guipúzcoa, serán suficientes elementos para aminorar el fuego de ciertas imaginaciones volcánicas que se alimentan de pura ambrosía.

Apacibles mañanas son las que nos brinda la presente estación, para gozar de los encantadores sitios que rodean nuestra ciudad.

Agradable contraste nos presentan; en unos vemos el cultivo que dá el alimento al hacendoso labrador, en otros multitud de flores y frutas que constituyen el regalo del rico propietario.

Todos dan vida al alma y alegría al corazón.

En uno de estos verjeles, propiedad del Sr. Cabrerizo, tuvieron ocasion el domingo algunos de nuestros amigos y redactores, de apreciar una vez mas el ingenio del distinguido escritor dramático D. Rafael María Liern, con motivo de la lectura de la nueva comedia de magia *La paloma azul*.

Personas del mejor criterio literario fueron invitadas, y á todas ellas hemos oido hacer grandes elogios de esta nueva producción, que está llamada á dar grán cosecha de aplausos al autor y utilidades á las empresas.

Tanto la fluidéz de la versificación como los incidentes y agudezas de que está revestida, son motivos suficientes para que esta obra sea una de las primeras de su género.

Damos el mas completo parabien á nuestro amigo Liern, y deseamos obtenga una digna ovación la noche de su estreno.

Las elegantes niñas que dan nombre con su hermosura á este suelo, esas creaciones supremas y complementarias del Divino Hacedor, lucen sus galas en el contramuelle, como



las mariposas sus pintadas alas en las transparentes ondas del aire.

Allí los amantes de oficio reparten prodigamente sus miradas como en las grandes poblaciones prospectos de obras que no tienen compradores.

¡Cuántas ilusiones perdidas se encontrarán en aquel recinto!

¡Cuántos rostros macilentos vemos cruzar por delante de nosotros!

No es de extrañar: los desdenes exaltan la bilis.

También el hombre es frágil.

Este es el mundo, y á sus ridículas farsas tiene que sujetarse la humanidad que lo forma.

Esta es la condicion de los mas.

GERÓNIMO FLORES.

## REVISTA DE MADRID.

*Esto es esto.—La niña ó Madrid.—Las noches de verano.—Mares y tertulias.—Lo que dicen las mugeres.—¡Adios! al génio.—Circos.—Los leones dormidos.—Los leones despiertos.—Amen.*

Ardientes cataratas de fuego que se desgajan de la cumbre del sol desde las doce del día hasta las siete de la tarde; raudales brillantísimos, que como serpientes de cristal arrojan sobre nuestras calles las mil bocas abiertas del canal de Isabel II; dos leones que se acaban de dormir á las puertas del Congreso, puesto que nada absolutamente tienen ya que guardar en este magnífico trono de la elocuencia; mugeres hermosas que arrastran por los mundos ideales de su fantástica imaginación esos dorados grupos de coqueterías y de colores, que se distinguen en un lazo, en un prendido, en un dibujo caprichoso ó en la admirable combinación de dos flores que se juntan; casas de baños que son, digámoslo así, los sorbetes de las doce del día; músicas á todas horas y en todas partes; ómnibus que suben y bajan á cada momento por la calle de Alcalá, anunciando con su eterno vaivén los espectáculos de los *Campos Eliseos*; un *Prado* que llora con el eco de sus murgas y de su soledad el abandono en que lo tiene la sociedad elegante de la coronada villa; unos jardines en *Recoletos*, donde hace muchísimo calor, pero donde acaba de trasladarse la voluble moda del paseo; circos, bailes, fuegos artificiales y otras mil cosas por el estilo que cunden entre la alegre multitud de esta Babel arrebatadora, son hoy el carácter verdaderamente especial de la populosa corte de España.

Madrid es semejante á una niña de quince años, coqueta, revoltosa, y vivaracha como un pajarillo.

Es una niña que cambia de traje cuatro ó cinco veces al día y que siempre la encontramos fascinadora y espléndida.

Ese ruido perezoso y vago de la mañana que nace, y de la población que se entrega al movimiento; ese estrépito desordenado y continuo de la Puerta del Sol, apenas el alba esparré en los horizontes sus cabellos de azucenas y de perlas; esos torrentes de lujo que se desatan á la caída de la tarde por la carrera de San Gerónimo, como nubes de gasas, de brillantes y de perfumes; esos maravillosos contrastes que forman la casualidad y el buen gusto; esos cantares, hijos de la noche, que brotan de los labios de la desgracia á las puertas de una iglesia, y que son un poema de lágrimas y de melancolía; todo ese laberinto incomprensible; ese júbilo enloquecedor, que flota en toda clase de diversiones, son cada cual un nuevo *traje*, con que se presenta ante nuestros ojos esta deslumbradora capital.

Ha llegado el verano con sus aires de fuego; sus ardorosos días que parece que tienen su aurora en el fondo de los volcanes; sus noches

de misterios y de amor; esas noches que se simbolizan en una acacia; una luna clara y serena como un lago de plata; un ruiseñor que canta entre las hojas de la arboleda, y una brisa que resbala como un gemido sobre el penacho verde de las pasionarias.

Las noches de verano son aéreas como las sombras; rápidas como las primeras ilusiones de una virgen; serenas como unos ojos azules que solo han manchado las lágrimas de la inocencia; soñadoras como las noches de amor y apacibles y risueñas como los pensamientos de los niños.

El campo de la política acaba de perder su importancia con la llegada de los calores. Los mares son en la actualidad el mundo sonoro de espumas y de olas á donde vuelan la mayor parte de nuestros hombres mas eminentes.

La palabra *veranear* es la palabra de *buen tono* que corre de boca en boca entre la sociedad elegante de nuestra población.

Las niñas, que suelen asistir á alguna que otra tertulia de confianza, solo nos hablan de la frescura de las playas, de los vientos que rizan el Océano; de las húmedas esponjadas arenas; de las conchas y de los dibujos de cristal que se agitan en el fondo de las aguas; de la pereza y de la suavidad del baño flotante y de la fantástica agonía de la luz del sol, en la espalda verdosa de los inquietos montes del mar.

Escuchan á lo lejos el tembloroso canto de una muger y esclaman en seguida: «Esa voz se parece á la voz de la *Sirena*.»

Esto dará á conocer á los amables lectores de *El Museo Literario*, cuánto se habla en Madrid de esta clase de expediciones veraniegas.

Los teatros acaban de exhalar el último suspiro. En el afortunado coliseo del Príncipe, que ha tenido la dicha de ser el altar del génio, desde que se estrenó *Venganza Catalana*, ha visto levantarse un mundo de gloria bajo sus pies, la incomparable artista señorita Civilí.

La señorita Civilí tiene tanto talento como inspiración, tanta inspiración como arte, y tanto arte como buen gusto y energía.

Sus ojos son indudablemente la lengua muda de sus sentimientos.

Una mirada suya, llena de esa dulcísima melancolía que siente un alma que se enamora, bien puede traducirla el espectador por estas palabras: «Te amo.»

Ella suspira como las tórtolas en el valle, como el aura entre los lirios, como las rosas de pasión en los últimos momentos del crepúsculo.

Su voz, cuando llora, es el eco del viento entre las lánguidas cabelleras de los sauces.

Es á veces un ruiseñor y á veces una paloma.

Sus labios, bañados en una sonrisa de coral, son una *tentación* que se divisa en una gruta de perlas.

Carolina Civilí ha dado su última función y se aleja de nuestro lado.

Las noches de triunfos que ha visto levantarse, para ella sola, en el gigante pedestal de nuestra admiración, debe recordarlas con sentimiento y alegría.

La señorita Civilí no ha nacido española, pero la patria del génio, es el mundo, y el génio, como dijo *Byron* tiene patria donde quiera que se presente.

En los Campos Eliseos han empezado la ópera en el teatro de Rossini. La compañía es bastante buena y no deja de asistir una escogida multitud á tan bonito coliseo.

Ya nos ocuparemos con detención de los principales artistas á quienes iremos juzgando mas á fondo.

Los circos siguen animadísimos; y los leones de Mr. Newcomb, presentados en el circo de Price, continúan desatando cada vez mas

furiosos el desconcertado torrente de sus rugidos.

Hace pocas noches que una de las leonas se avalanzó á Mr. Newcomb, y gracias á la serenidad de este célebre domador, no vimos convertida la jaula de las fieras en sepulcro de un hombre.

Los leones son cinco: tres machos y dos hembras.

Saltan con la agilidad de los corzos y huyen espantados ante la presencia de su poderoso rival.

Dentro de pocos días, segun anuncian los carteles, aparecerán también en el circo del Príncipe Alfonso, los leones de Mr. Balty.

Cuando los leones de las puertas del Congreso se quedan dormidos, despiertan los leones de Price y del Príncipe Alfonso. Cuando éstos se duermen, despertarán aquellos.

Es decir, que vendrá el invierno, se ahuyentará el calor, quedarán cerrados los circos, empezarán las sesiones parlamentarias y volverán los leones á vigilar, sin dormirse, las puertas del Congreso.

A. F. GRILO.

## EL DINERO.

Dicho sea sin pecado de inmodestia, me lisonjeo de que este artículo ha de ser leído con interés.

Nada mas natural: cualquiera, por atrasado que se halle en materia económica, debe saber al dedillo el modo de producirse ese fenómeno mercantil llamado interés del dinero. Es la ciencia mas vulgar y socorrida en estos tiempos, y por lo tanto no creo necesario ni oportuno explicar aquí lo que se entiende por interés del dinero. Solo deseo que persuadidos de que todo dinero circulante produce necesariamente interés ó intereses, que viene á ser lo mismo, convengais conmigo en que no hay razon para que el *Dinero* de mi artículo sea excluido de la ley general y deje de producir también su indispensable *interés*, el interés de que acabo de lisonjearme, con que seria leído.

¡Dinero! Tal es la delectación que infunde esta mágica palabra, que no dudo que muchos tal vez lean estos renglones con la misma avidez con que leerian un pagaré ó una póliza de contrato de cambio.

Y sin embargo, fuerza es destruir *á priori* una ilusión.

No voy á hablar de los medios de hacer dinero.

No voy á hablar de tanto por ciento ó de dinero sonante.

Ni del dinero de *San Pedro*.

Ni de los dineros del sacristán.

Ni de otras clases de dineros cuya enumeración induciria á prolijidad.

Voy á hablar lisa y llanamente del *Dinero* con letra mayúscula; del mas ideal y por consiguiente menos provechoso de los dineros.

No acierto á explicarme por qué singular contradicción, el siglo que mas ama, anhela y busca el dinero, es al propio tiempo el que mas lo anatematiza. «Siglo metalizado, siglo materialista, siglo de hierro,» oigo por ahí decir con énfasis á cada paso, mientras veo un aspirante á Neker en cada esquina y un émulo de Bastiat en cada casa. ¿Qué sentimiento oculto y repulsivo obliga á condenar lo que tanto se desea, á tapar con una mano lo que se procura coger con la otra? Hé aquí todo un problema de filosofía, que no tengo tiempo ni idoneidad para resolver satisfactoriamente.

Solo me limitaré á hacer observar que los misántropos detractores de nuestro siglo, carecen de razon para sus elegiacos apóstrofes.

La afición al dinero es tan antigua como el hombre, con perdon sea dicho, que el dinero fue inventado por el hombre algo des-



pues de que aquel fuese creado; pero es tan antigua, que si no mienten viejos cronicones, Diógenes, el filósofo cínico, el que en su desprecio á la materia, llegó hasta el embrutecimiento, Diógenes, había sido lanzado de su patria por *monedero falso*, antes de hacer de una cuba trono de la mas famosa de las estravagancias.

¿Qué vicios en particular tiene este siglo, que no hayan tenido y con mayor estension sus precedentes?

Al contrario, este siglo no es mas que un miserable copista, un ruin plagiario de sus hermanos que fueron en la no interrumpida familia de las edades.

La sed de oro es hoy la gangrena de las almas, dicen los espíritus pusilánimes y meticulosos, y, sin embargo, lo primero que aprenden los niños en las escuelas, al abrir las páginas de la historia bíblica, es que el famoso *Becerro de oro*, al que hoy prestamos tan fervoroso culto, fue invencion nada menos que del pueblo israelita, del cual, y á través de tantos siglos, ha llegado incólume hasta nosotros. Culpemos, pues, á aquel pueblo admirable y desgraciado, de males cuya autoridad no nos compete, y no involucremos la historia, achacando á este combatido siglo lo que no es esencialmente suyo.

Motéjanlo otros de falto de fe, de pudor y de virtudes, en el que un puñado de miserable oro es el precio corriente de la conciencia, de la dignidad, de la fortaleza y de la consecuencia, enagenadas ó prostituidas, y los que tal dicen olvidan gratuitamente la historia, que no hay niño que no recite, ni beata que no maldiga, de aquel rubicundo Judas que por treinta inmundos *dineros* vendió cuanto hay que vender en el mundo, pues que vendió á su Dios y Maestro.

¿Y os sorprendeis de que tenga sus Judas este siglo? El caso no es nuevo, y lo que no es nuevo no debe escitar la admiracion. Hoy todo se vende, y difícil no sería hallar quien hasta volviese á vender á su Dios... ¿de qué tiene, pues, que acusarse este siglo, ante el siglo calamitoso de Judas? La única diferencia notable en este asunto es que entonces solo fue posible encontrar un Judas y ahora se encuentran ciento en cada plaza, lo cual viene á deponer favorablemente para el presente siglo, puesto que tal resultado es consecuencia legítima de las leyes inmutables del progreso humano.

Nosotros lo que hemos hecho es coordinar bien las cosas dando á cada una de ellas nombres que no tenían, contribuyendo así á que resalten mas en su clasificación.

Los nombres de *turron*, *volver la casaca*, *resellamiento*, etc., etc., no eran conocidos en lo antiguo, así es que las cosas, careciendo de sus verdaderos nombres, pasaban desapercibidas y aun ignoradas para la generalidad. ¿Queréis tambien egemplos ante los cuales lo que ahora sucede no es mas que un reflejo oscuro é inapreciable? Nos darian algunos las historias; pero sin necesidad de cansarnos mucho, ahí tenemos los fastuosos tiempos del cuarto Felipe en los que el *auri sacra fames* se llevaba á un punto tan culminante, que no había virtud que no se rindiese, ni probidad que no falsease, ni justicia que no se torciese, ni palabra que no se violase, á cambio de unos cuantos ducados del tan ansiado y vilipendiado oro de nuestros dias.

Y aun antes del siglo que riendo anatematizó Quevedo, escribía ya Góngora, en una de sus sátiricas letrillas:

«Todo aquel que pleitos trata  
Aunque sea sin razon,  
Deje el rio *Marañon*  
Y éntrese en el de la *Plata*,  
Que hallará corriente grata  
Y puerto de salvacion.

*Chiton.*»

No escribiría Góngora eso mismo, del moralizado siglo XIX.

¿Queréis sino que os pinte aquella otra sociedad de Luis XIV y Luis XV cuya, desenfrenada sed de oro y de goces materiales tuvo que satisfacer mas tarde con sangre una revolucion...?

Quede sentado que el dinero fue siempre el rey del mundo y que no hay razon ni justicia para vulnerar á nuestro decantado siglo con esas sacramentales acusaciones de egoista impio y materialista.

Nuestro siglo no hace mas que imitar, copiar pálidamente como antes hemos dicho, poseyendo además una inmensa ventaja sobre los siglos que han sido: esa ventaja está encerrada en el talento de la hipocresía que aquellos no conocieron.

Ved sino: hoy se escribe en el anchuroso campo de la humana ciencia una palabra enfática, sublime, encantadora: TRABAJO; y el trabajo que es para mí el padre de todas las virtudes, como la ociosidad dicen que es madre de todos los vicios, erigido en suprema hipocresía del corazon, viene á constituir lo que llamé antes talento de la hipocresía.

Tenemos sed de oro, enhorabuena; pero la doramos con el espíritu de empresa y de especulacion; es decir, con el trabajo, ó con su apariencia solamente; de aquí que á cambio de un bien muchas veces ficticio con que deslumbramos al cándido y confiado vulgo, realicemos con simulacros legales y científicos el objeto primordial de nuestras aspiraciones la *pecunia numerata*. Los antiguos iban al mismo fin por medios mas groseros, menos alambicados que nosotros, y hé aquí que sin declararnos culpables de nuevos pecados que ellos no cometieran, les aventajamos en el modo, es decir, en el talento de la hipocresía.

¡Trabajo, filantropía y patriotismo! Trinidad distinta, y una en su esencia: el *Dinero*, tal como se entienden esas tres palabras en el lexicon del moderno utilitarismo.

¡El dinero! los que hablan mal de esa segunda alma de la humanidad, desconocen lo que dicen.

Siguiendo los egemplos comparativos arriba empezados, no podemos menos de reinos cuando oímos declamar contra la absurda injusticia de elevar el dinero á la categoría de la ciencia, de premiar con iguales dones al sábio ó al virtuoso, que al adinerado, conceder iguales recompensas y dar asientos en los mismos escaños al hombre de talento, al encanecido en la sabiduría, que al poseedor de grandes caudales, por el solo hecho de poseerlos. ¡Bagatela! ¿Acaso es nuevo esto tampoco? Varios pueblos de la antigüedad, y en especial el romano, llamaron tener *talentos* al tener dinero. De uno que poseía cierta cantidad de moneda decían que tenía un *talento* (*talentum*), y tantos *talentos* cuantas veces doblaba en sus arcas la cantidad presupuesta. ¿Qué extraño es que en nuestros dias se conceda tener talento á quien tiene dinero, por mas que el buen varon se vea apurado para firmar con su nombre y apellido?

Los romanos tenían *talentos* de oro y de plata. Aun en esto aventajamos tambien á los romanos; nosotros tenemos además *talentos* de zinc, de plomo y hasta de piedra berroqueña.

No podemos negar, pues, que el dinero es un talento; lo dijeron los romanos que tenían mas talento que nosotros, como que todavía son nuestros maestros, y sus libros y sus leyes permanecen siendo las fuentes de nuestra instruccion.

Fuera de ese profundísimo calificativo que á la moneda dió el pueblo rey, otros diversos pueblos la han bautizado con nombres que revelan la filosofía que todos los tiempos han deducido de ese poderoso la gente de la expansion universal.

Los italianos, por egemplo, lo llaman *lira*,

como para espresar que el dinero es la suprema armonía, el canoro Orfeo, por quien se dijo que la música á las fieras domestica, y en efecto, el dinero es una música tan melodiosa, que hasta asegura un refran, que «por dinero baila el perro.»

Los franceses lo llaman *franco*; y á la verdad, ¿qué cosa mas franca que una peseta? Con ella, ó mejor dicho, con una regular cantidad de ellas os abris paso por doquiera, os procurais acceso á las mas altas regiones, sois en todas partes admitidos con beneplácito y aun requeridos tal vez. Con una peseta en el bolsillo, se os perdona una mancha en el chaleco y hasta un borron en el alma. Con dinero, vuestra ignorancia pasará por intencionado recurso; vuestro desaseo se llamará despreocupacion; vuestra *stultitia*, gracia; vuestra indiscrecion, aturdimiento; vuestra negacion de todo lo bueno, afirmacion de todo lo escusable. Francamente hablando, no hay cosa mas franca que el dinero. Con cinco *francos* entre los dedos, dais la mano á todo un *napoleon*.

Los portugueses dan á su dinero el título de *rei*, y aunque dicho está en dramas y novelas, que el dinero es rey del mundo, ese calificativo es verdaderamente portugués; solo que, así como á una frase ampulosa se la llama comunmente *portuguesada*, los portugueses no han querido en esto apartarse de sus tradiciones y su pretensioso nombre de *rei* vale menos, por egemplo, que en España el de *alguacil*, porque con un millon de esos *reis* apenas tendría para desayunarse un mes seguido, un ciudadano inapetente.

Pase por los portugueses.

Los españoles lo llamamos un tiempo, y pronto volveremos á las andadas, *escudo*, y escudo es el dinero, si bien se mira, contra todas las calamidades del mundo, escepto para el dolor de muelas y la muerte. Entre tanto lo llamamos *real*, como para significar por una parte sus régios pergaminos, y demostrar por otra, que de las estrellas abajo, nada hay real y efectivo como el dinero.

Los nombres de *schelling*, *rublo*, *piastre* y *dollar*, con que algunas naciones conocen el dinero, nada significan; como esas naciones no son *católicas* no tienen obligacion de espresarse católicamente.

Voy á terminar; quien hable contra el dinero está contra mí; ¿qué digo? está contra el mundo entero.

No hay fuerza contra la fuerza, dice un axioma, de consiguiente no hay fuerza contra el dinero, que es la fuerza absoluta.

Un diputado, valenciano por mas señas, ha dicho en pleno congreso estas ó parecidas palabras: «con un *Napoleon* en Francia y otro *napoleon* en el chaleco, se puede responder del órden universal.»

Es decir, que ni el inmenso prestigio, ni la fuerza material, ni todo el poder, en suma, de *Napoleon*, emperador, valen gran cosa por sí solos, sin el complemento eficazísimo de otro *napoleon* de plata. Este bellísimo arranque oratorio del diputado idealista por escelencia, dá mayor virtud á mi proposicion. Sin embargo, yo hubiera dicho, aunque mas vulgarmente: «Procurad que haya *napoleones* en los chalecos, y echao á dormir sin temor á *Attila*.»

Me lisonjeé al principio, de que este artículo seria leído con interés. Ahora digo que con él he conseguido un gran triunfo. Me parece que oigo á mis lectores esclamar: «¡Basta, por Dios, de tan pesado, incoherente y desaliñado escrito, *basta de Dinero!*»

¡Basta de dinero! He aquí mi triunfo; haber saciado el apetito de mis lectores. ¡Y dicen que es insaciable la sed de oro en nuestro siglo!

No os doy, pues, un ochavo mas.

Cierro la caja.

JAIME PEYRÓ Y DAUDER,





INTERIOR DE LA BATERÍA DEL MERRIMAC.

## EL MERRIMAC.

El *Merrimac*, célebre por haber luchado con el *Monitor*, era antes de la actual guerra de los Estados-Unidos una fragata con el mismo nombre. Dicho buque, al estallar la insurrección, fue sumergido en el arsenal de Norfolk por los dependientes del gobierno federal, para impedir que cayese en manos de los confederados. Fue construido en Charleston en 1855 con las condiciones necesarias para montar 40 cañones. Pero no bien los confederados se apoderaron del arsenal, el *Merrimac* fue puesto á flote por ellos, y convertido en navio de línea para su servicio.

Su casco mide tres pies de elevación desde su línea de flor de agua, y tiene sobre el puente una casilla. Está forrado de hierro de popa á proa, y un ángulo prominente del mismo metal le sirve para taladrar los buques enemigos. No tiene arboladura y por lo tanto nada se ve sobre su puente, excepto la casilla mencionada dispuesta para el piloto y la chimenea. La primera tiene tres pulgadas de espesor y es de hierro. El armamento consiste en cuatro cañones del calibre de 11 pulgadas por banda, además de otros dos situados en la proa y popa. El *Merrimac* ha recibido el nuevo nombre de *Virginia*.

## NUMISMÁTICA.

Desde los mas remotos tiempos, cuando aun la humanidad se hallaba en su infancia, no solo fueron conocidos los metales por el hombre y utilizados para sus precisas necesidades (1), sino que se sirvieron de ellos como medio de facilitar y equilibrar las transaccio-

(1) Moisés, refiriéndose á los primeros tiempos, cuando aun Adán no habia enjendrado á Seth, manifiesta que se trabajaba ya el cobre y el hierro en estas palabras: «Sella quoque genuit Tubalcain, qui fuit malleator et faber in cuncta opera æris et ferri.»

*Genesis*, cap. IV., v. 22.

nes mercantiles, tan antiguas como él en el mundo. A partir de épocas muy primitivas vemos ya en circulación los metales en concepto de moneda corriente; mas seria un grave error creer que las monedas de que nos habla el Pentateuco se asemejaran en nada á las nuestras, muy al contrario, en aquellos siglos de sencillez é ignorancia se reducian á pedazos de metal informes ó en pasta dados y tomados al peso con un valor convencional y arbitrario; y no otra cosa que unidades ponderales significan las palabras antiquísimas de *Sido*, *Talento*, *Mina* y *Libra* con sus divisores las *Dracmas*, los *óbolos* y las *uncias*. Bien es verdad que para evitar el fraude nacido con el comercio hubo de intervenir la ley, y en este concepto cuando en los Libros sagrados se habla de *moneda pública probada ó sellada*, debe siempre entenderse el metal con la aleación legítima, admitido en circulación y garantizado con la marca impresa por la autoridad legal (1). Pero la moneda propiamente dicha, y tal como la comprendemos, es muy moderna con referencia á la que acabamos de mencionar, y casi todos los críticos se hallan de acuerdo en que su invención no se remonta mas allá de la primera Olimpiada, sobre ocho siglos antes de nuestra era, sin que sea fácil averiguar cuál fue el primer

pueblo que la usó; pero no puede dudarse que su ejemplo se propagó con extraordinaria rapidez en todos los pueblos comerciantes del Mediterráneo, troquelando cada uno la suya propia; y hé aquí la causa de la denominación general de autónomas que se las dá, y la particular de *Olimpias*, *Philadelphas*, *Cumeas*, *Theogamias*, *Aristias*, etc., segun la ciudad que las acuñó.

Originariamente los tipos de estas monedas eran muy sencillos y se reducian á signos ó emblemas particulares alusivos á las localidades á que pertenecian; así pues los Fenicios ostentaban en sus monedas la palmera; los Hebreos el cáliz con el Manná ó la vara florida de Aaron; los habitantes de Melos ponian una manzana; los de Cartago la cabeza del caballo; los de Emporias el pegaso cuya cabeza la formaba un niño cogiéndose el pié; otros la espiga, la foca, la tortuga, una concha, etc., y no tardó en introducirse la costumbre de representar en ellas las efigies sea en busto ó en estatua de las divinidades tutelares de cada pueblo, y los numismáticos las clasifican en *Pythias*, las que pertenecen á Delfos; en *Coreas* las de Sardes y Tarso, acuñadas en honor de Proserpina; *Didymeas*, las de Mileto en honor de Apolo; *Heracleas*, las de Tracia, Tiro y Gades dedicadas á Hércules, etc., y hasta mucho tiempo despues no se atrevieron á poner en las medallas las cabezas de los príncipes reinantes, de manera que los primeros ejemplares en que se ven los retratos de personas vivientes son las de Siracusa, en las que se halla la cabeza de Gelon, que reinó durante la Olimpiada LXXIII, 485 años antes de la era vulgar, y las de Hieron en la LXXV, 478. Sin embargo, hay quien duda de su antigüedad, y no conceden esta primacía sino á Pausanias y Alejandro Magno que reinaron en Macedonia, el primero 398 años antes de J. C., y el segundo, en el de 336, y sucesivamente fueron poniéndola Dionisio de Siracusa (365), Lisimaco rey de Tracia (334), Ptolomeo de Egipto (300), Pirro de Epiro

(1) Que la moneda era metal en peso, pero sellado, lo testifica el mismo Moisés en el *Genesis*, cap. XXIII, v. 15 y 16, con estas palabras: «Quod cum audisset Abraham, *appendit pecuniam* quam Ephron postulaverat, quadraginta *argenti probatæ monete publicæ*» Parece que la costumbre era poner plata de un peso conocido en bolsas ó talegos, que tal vez se llamaban *argenteos*, y en este concepto se ve en el mismo *Genesis*, cap. XLIII, v. 21 y 22. Que era metal en pasta y sin labrar ó acuñar lo demuestra el capítulo XVII del Libro de los Jueces, versículo 2, 3 y 4 cuando dice, que de los mil y cien *argenteos* de Michás, se sacaron doscientos, con los cuales se fabricó una estatua á talla, y con la restante plata se construyeron un Ephod y varios Theraphines ó ídolos para su uso doméstico.



## MONEDAS Y MEDALLAS ANTIGUAS.



(294), y Perisades, rey del Bósforo Cimeriano (289); desde entonces hicieron lo mismo los sucesores de estos monarcas.

Al igual que los países orientales, la Italia admitió el metal en un principio en pasta como moneda corriente, á fin de simplificar las transacciones comerciales, y el que usó con mas frecuencia fue el cobre, y como en aquellos se daba y tomaba el metal en razon de su peso, mas nunca en el de su cantidad, y para cortar los fraudes y disputas que se originaban de continuo, Numa Pompilio estableció leyes para fijar el valor intrínseco de la moneda, adoptando por tipo ó unidad monetaral la libra que lo era de la unidad ponderal, llamándola por antonomasia *Pondo* ó bien *As*, grave ó rudo corrupcion de *Aes* cobre (1), y el *As* bajo este sistema se dividia como la libra, cuyo peso representaba, en doce partes ú onzas que se llamaban por su órden uncia, sextans, quadrans, triens, quincunx, semis, septum, bes, dodrans, decunx y deunx; los múltiples tambien se hallaban en razon de su valor ponderal, así se llamaban Dupondius, Tripondius, etc. Estas monedas eran en un principio informes, segun se ha dicho, y Numa á lo que parece las hizo fundir y dar una figura cuadrada, y del nombre de este monarca tomaron las monedas la denominacion genérica de *Numos*. Créese que Servio Tulio, sexto rey de Roma, para legalizarlas hizo impri-

mir en ellas un sello con la figura de un carnero, en latin *Pecus*, de donde provino la palabra *Pecunia*: pero creemos mas posible y aun natural, que Numa, que estableció un cuerpo ó colegio de monederos ó fundidores de cobre llamado *Ærarii*, adoptara como seña del contraste la marca sobredicha (1), y creemos igualmente que Servio Tulio fue el primero que acuñó la moneda bajo el mismo principio ponderal que señaló Numa, pero imitando las griegas; esto es tanto mas natural, cuanto que Servio reinó durante la Olimpiada LII y la moneda troquelada se hallaba desde muchísimo tiempo antes en circulacion en todos los pueblos comerciantes del litoral del Mediterráneo.

Por lo comun los Ases ó libras tenian esculpida en una cara la cabeza bifronte de Jano, que los mitólogos decian haber sido el primero que puso su planta en la península Itálica; y en el reverso se ve la rostra ó proa de la galera llamada *Ratis*, con que habia venido embarcado, por cuyo motivo se llamaban *Ratit* los ases: tambien acuñaron los divisores del *As* desde una á seis onzas, señalado su valor en la moneda con uno, dos, tres globos, etc., á semejanza de las monedas griegas que tomaron por modelo. Sin embargo, no fueron solamente la cabeza de Jano y la galera los tipos de las monedas, sino que se ven otros emblemas, y muchas con nombres de las principales familias romanas, etruscas, umbrías y de otros pueblos del Lacio.

En el año 485 de Roma, cinco antes de la primera guerra púnica, y durante el con-

sulado de Q. Olgunio Gallo y C. Fabio Pictor se comenzó á acuñar la plata (1), y entonces se estableció el sistema decimal en el monetario romano, es á saber: el *Denario* de plata que tenia el valor de diez ases ó libras de cobre; el *Quinario* ó la mitad de aquel, de valor cinco ases; y el *Sestercio* ó mitad del quinario, equivalente á dos ases y medio. Por regla general en el anverso de las monedas de plata se ponía la cabeza de Roma cubierta con una galea cristata, y en el reverso una victoria en *quadriga* ó carro de cuatro caballos, en una *triga* ó de tres, ó en una *biga* ó de dos caballos, y por esta razon llamaban indistintamente *bigatos*, *trigatos*, *quadrigatos*, *victoriatos* ó *galeatos* los denarios, y en muchísimos se ve en los reversos de ellos á Castor y Polux corriendo á caballo (Dioscures), génios protectores de Roma. Para señalar su valor, detrás de la cabeza de Roma esculpian una X, signo de denario ó diez, una V señal de quinario ó cinco, ó una HS demostracion de sestercio.

Poco tiempo hubo trascurrido, cuando algunas familias poderosas obtuvieron del Senado permiso para acuñar de su cuenta monedas de plata, y entonces escribieron en ellas sus nombres ó el de su estirpe, y las mas antiguas que se reconocen son: una perteneciente á Titus Clodius sobre el año 506 de Roma (254 á JC) veintuno despues de la introduccion de la moneda de plata en Italia; otra de Cneo Lucrecio Trio, triumviro monetaral del año 535; otra de Lucio Sempronio Pitio, del mismo año; y finalmente, otra de Cayo Publilio del año 590. Estas monedas de plata se llaman consulares ó de familia, y cada una puso en la moneda emblemas peculiares á la misma, como el Puteal en la familia Scribonia; la loba amamantando á Rómulo y Remo, en la Pompeya; el rapto de las Sabinas en la

(1) El *As* entre los romanos no era solamente el tipo de la unidad monetaral y ponderal, como se dijo, sino tambien espresaba la unidad métrica lineal, así pues el pie se llamaba *As* y se dividia en doce pulgadas; y aun por estension el *As* se tomaba por el todo ó la unidad de las cosas, dividiéndose entonces en *semis* la mitad, en *triens* el tercio, etc., así es que se denominaba *Hæres factus ex Asse*, al que heredaba por completo, ó *Hæres factus ex triense*, *ex semise*, *ex bese*, *ex deunce*, segun la parte que le correspondia del total ó *As*.

(1) Esta seca ó casa de contrastacion se hallaba en Roma, junto al templo de Juno Moneta á monendo, y así cuando querian representar la moneda ponian los romanos á Juno de pie, con balanzas en la mano derecha para pesar el metal, y un cuerno de la abundancia en la izquierda, á fin de demostrar que la moneda es el signo espresivo de la riqueza de un país.

(1) Plinio, lib. XXXIII, cap. 3.



Tituria; á Eneas salvando á Anquises, y al Paladion en el incendio de Troya, en la Julia, etc.: ó efigies de divinidades, como la de Ceres, en la familia Furia; la de Palas, en la Gelia; la de Diana, en la Hosidia; la de Venus, en la Julia, de quien se creían descendientes, etc.; y otras, muy pocas, consiguieron permiso para ostentar en las monedas las cabezas de sus antecesores, como la de Tacio, rey de los Sabinos, en la familia Tituria; la de Numa, en la Calpurnia; la de Anco Marcio, cuarto rey de Roma, en las de la Marcia; la de Metelo, en la Cecilia; la del cónsul Dolabela, en la Cornelia; la de Bruto, en la Junia, etc.; pero nunca se permitió representar la cabeza de persona aun viva hasta Julio César, dictador perpétuo, que la puso con consentimiento del Senado en seguida de la muerte de Pompeyo: bien es cierto que existen monedas con la cabeza de Pompeyo Magno, mas fueron acuñadas posteriormente por su hijo cuando desempeñó el gobierno de Sicilia. Después del asesinato de Julio César se abusó de la facultad de poner retratos de personas vivas en las monedas, así es que poseemos de ellas con las cabezas de Octaviano, Marco Antonio y Marco Lépidio, triumviros R. P. C. (Reipublicæ constituenta), y las de casi toda la familia de Augusto; y á partir de este emperador todos sus sucesores se apropiaron el derecho de ponerlas en las monedas con las de sus mugeres é hijos, y gracias á este abuso si hemos podido conocer los retratos de toda la série imperial.

Desde Augusto hasta Constantino Máximo no se ven en las cabezas desnudas de los emperadores otras coronas que la de laurel ó láurea, y la de rayos ó radiata, que era el signo ridículo de la apoteosis ó divinidad que vanidosamente se ponían los emperadores aun durante su vida, hallándose proscrita la diadema como recuerdo de los antiguos reyes, cuyo gobierno odiaban los Romanos; y por la razón contraria los emperadores cristianos la adoptaron y abolieron las otras coronas, como reminiscencias del gentilismo.

En los reversos de las medallas imperiales continuaron usándose emblemas ó efigies de estatuas de divinidades paganas hasta Constantino, hijo de Constantino Máximo, en cuyas monedas se ven, en unas representadas estas divinidades, y en otras el monograma de Jesucristo, rara y abominable mezcla en un príncipe cristiano. Desde el establecimiento del cristianismo en todo el imperio se fue abandonando aquella mala costumbre y substituyendo el emblema sagrado de la cruz ó el santo nombre de Dios; pero los primeros emperadores creyeron una sacrilega profanación esculpir en sus monedas la divina efigie del Salvador, y hasta la definitiva separación del imperio de Oriente del de Occidente no se ve en ellas, comenzando por primera vez en el emperador Justiniano II en el año 685 de nuestra era, y luego después es muy común verlas en las de sus sucesores ya en busto ya en estatua, siempre de frente, y por lo regular con el libro de los evangelios y dando la bendición; pero como las artes habían decaído de una manera extraordinaria durante la época de los emperadores bizantinos, y los grabados de los troqueles eran estremadamente toscos, deben tomarse los indicados bustos mas bien como representaciones emblemáticas del Hijo de Dios, que sus verdaderos retratos (1); y hé

(1) La imagen de la Virgen se ve por primera vez en las medallas acuñadas por Theophanon, muger de Romano II, que imperó en Oriente en el año 959, y en las de otros emperadores que le sucedieron. Romano IV, *Diógenes*, cometió la profanación de poner en las suyas á la Virgen á su costado izquierdo con nimbo, coronándole, y lo mismo verificaron Miguel VII, Juan Comneno II y Manuel Comneno I, tan célebre por la guerra de las Cruzadas. La Real Academia de la

aquí una de las razones convincentes que destruyen la opinión de los que piensan que en este período se acuñó la preciosa y célebre medalla de Jesucristo, de la que, como complemento de este trabajo numismático, nos vamos á ocupar.

Estas medallas, que van siendo ya muy escasas, se conservan cuidadosamente en los principales monetarios; no llevan fecha ni data alguna, por lo cual está entre los numismáticos muy cuestionada su procedencia: unos, los menos, piensan que fueron falsificadas por el célebre Miguel Dervieu de Florencia, conocido por el Parmesano; otros, como D. Antonio Gareía Blanco, refiriéndose á una obra de Ambrosi, *Introducti in linguam Chaldeam atque Armenicam*, dice que estas monedas y otras análogas se acuñaron en Roma en los tiempos de Julio II y Leon X (1503 á 1522), y añade: «Estas son simplezas ó ineptitudes de necios creyentes, ó belfas ó patrañas de Judíos que así esplotaban la piedad cristiana:» y finalmente, los mas las suponen acuñadas por Abgar, rey de Edesa, y así por lo común están clasificadas en la generalidad de los monetarios, enlazando su historia con la del célebre retrato de Jesucristo, y las no menos célebres cartas atribuidas á nuestro divino Redentor. Lejos de nosotros la idea de resolver un problema que á pesar de los mayores esfuerzos no han podido aclarar los primeros críticos de Europa; tenemos la suerte de poseer en nuestra colección un ejemplar de una de estas monedas en buena integridad, y si bien, críticamente hablando, su tipo no nos parece contemporáneo á las de la época de Tiberio César, su aspecto, sin embargo, y el desgaste por el uso, nos hace sospechar que deben ser anteriores al siglo XVI. Siendo esta moneda curiosísima y poco conocida, haremos su descripción, y en seguida, aunque agena á esta reseña, relataremos simplemente y sin comentarios, solo como una curiosidad, la historia de las tan cuestionadas cartas y del retrato remitido, dicen, por el mismo Jesucristo, el cual se conserva en Edesa.

Tiene la medalla citada 31 milímetros exactos de diámetro, lo que en numismática se llamaría un *Gran Bronce*, y por su conservación *Flor de cuño*, su peso es 18'70 gramos. El busto de Jesucristo, de pronunciado relieve, ocupa casi toda el área del anverso, está de costado mirando á la izquierda y rodeado de la grafila. Lleva la cabellera tendida por la espalda, ligeramente ensortijada en su estremidad: la barba es crecida, aunque no muy larga, rematando en punta, según costumbre de los judíos. Trae vestida una túnica ajustada al cuello, y se distinguen los pliegues del manto, que con gracia le suben sobre el hombro derecho á semejanza de la toga romana. Las facciones de esta magnífica cabeza participan algo del perfil griego; la frente alta y despejada, la nariz recta y el ángulo facial sumamente abierto, y como verdadero retrato se aparta mucho del carácter ideal y formas extraordinariamente musculares de las cabezas de Júpiter que vemos en las medallas helénicas, y sobre todo en las de los Ptolomeos de Egipto; sin embargo, su tipo

Historia posee una preciosa medalla de cobre, en la que en el anverso, contra la costumbre de los árabes que son iconoclastas, se ven dos bustos, uno de ellos de Necham-ed-din, rey de Diarbekir, con la inscripción árabe; en el reverso hay un emperador de Bizancio con globo en la mano surmontado de cruz, coronado por la Virgen, con esta leyenda al rededor con caracteres igualmente árabes: «Abu-l-modhafer Albi, hijo de Timurtax il Gazi, hijo de Ortok.» Es presumible, vista la época en que gobernó este príncipe de los turcomanos y la dentidad de los reversos, que se refiere á Manuel Comneno, tal vez por alguna de las alianzas que hizo este faláz emperador con los infieles contra los cruzados.

presenta una dulzura y gravedad, y un no sé qué de divino en su fisonomía, que á primera vista hace adivinar sin prevención alguna que es el retrato del Hijo de Dios. Su cara, aunque de perfil, se conoce que es oval; las mejillas mas bien flacas que abultadas, y lleva bigote sin afeitar, el cual se le une á la barba al uso de los nazarenos. En el espacio que queda en ambos lados del busto y en línea recta hay cuatro caracteres hebreos que se interpretan *Primero Jesus*.

Toda el área del reverso, é igualmente dentro de grafila, lo ocupa una inscripción hebrea en cinco líneas horizontales, que forman dos cláusulas, las cuales dicen:

«Messiajj Melec bo bsalon  
Wadam adam jijjischew jje»

que traducido literalmente dice: «Mesías (ó ungido) rey, vino en paz—Y hombre de hombre fue hecho él vivo.»

Según dijimos, la generalidad de los numismáticos atribuyen esta moneda á Abgar ó Abgaro, rey de Edesa, en la Mosopotamia (1), y la tradición dice que el mas célebre de ellos reinaba en tiempo de Tiberio cuando Jesucristo esparcía su maravillosa doctrina en toda la Judea y verificaba tantos milagros. Este Abgaro padecía á la sazón la cruel enfermedad de la gota, y habiendo llegado hasta él la fama de las extraordinarias curas hechas por Jesucristo, envió mensajeros á la Palestina para que se informasen de la certitud de la noticia (2).

«....Cuando los comisionados regresaron de Jerusalem á Edesa manifestaron al rey que efectivamente recorría la Judea el Mesías, y que era exacto que verificaba curas portentosas sin emplear medicamento alguno, solo tocando al enfermo ó demostrando simplemente su voluntad. Este relato hizo viva impresión en el ánimo de Abgar, quien al punto creyó reconocer al hijo de Dios: «Estos portentos, decía, están fuera del alcance del hombre, y el poder de resucitar á los muertos no pertenece mas que á la Divinidad.» Abandonado por los médicos que habían empleado en vano los arcanos de su arte, pensó el rey que solo el Mesías podía curarle de su dolencia, y con esta confianza le escribió una carta concebida en estos términos:»

«Abgar, hijo de Arseham (3), príncipe de Edesa, á Jesus, Salvador y Bienhechor, recien aparecido en el país de Jerusalem; Salud.

«Hemos oído hablar de Vos y de las curas hechas por vuestras manos sin ningún medicamento, pues según se cuenta dais oído á los sordos, vista á los ciegos, haceis andar á los cojos y purificais á los leprosos; arrojais á los espíritus impuros, devolveis la salud á los enfermos y resucitais á los muertos. Al saber todo esto he hecho esta suposición: ó sois el mismo Dios que ha bajado del cielo, ó el hijo de Dios. Con este motivo os escribo la presente para rogaros os digneis venir á mi casa y curarme de la enfermedad de que hace

(1) Con efecto, Abgaro III reinaba en Edesa durante la predicación de Jesucristo. Abgaro significa *Magnus*, y era común á todos los reyes de Edesa, á diferencia de Argaro que vale lo mismo que *Pequeño*, propio de los hijos del rey. En numismática las medallas mas antiguas de Edesa que se conocen son las de Mannus I, que reinaba en tiempo de M. Aurelio y de Abgaro VII, de tiempo de Cómodo hasta Abgaro IX, durante Gordiano Pio, en cuya época Edesa fue incorporada al imperio.

(2) Lo que ponemos á continuación está entresacado de los escritos de Moisés de Khoren, los cuales en este particular se hallan de conformidad con lo que dicen los escritores griegos y armenios.

(3) No hemos encontrado en la cronología de los príncipes de Edesa rey alguno de este nombre: el Abgaro de la carta era el tercero, é hijo de Nebanias, nieto de Ariamne ó Abgaro II y biznieto de Abgar, primer rey de Edesa.



«tiempo estoy padeciendo. También he sabido que los judíos están murmurando contra Vos y que quieren perseguirlos. Mi ciudad es pequeña; sin embargo, es bastante amena y bastaría para los dos.»

«Los portadores de la carta hallaron á Nuestro Señor en Jerusalem, circunstancia indicada en los Evangelios por el pasaje que habla de la llegada de algunos idólatras. Jesús recibió esta carta, pero no pasó á Edesa, y dió á Abgaro la respuesta siguiente:»

«Bienaventurado el que cree en mí sin haberme visto; porque de mí se escribió que los que me ven no creen en mí, y los que no me ven creen y reciben la vida. Vos me escribís para que vaya á veros; pero es preciso que yo cumpla aquí todas las cosas para que he sido enviado. Después de cumplidas me elevaré hacia aquel que me ha enviado y mandaré á uno de mis discípulos que vaya á curaros de la enfermedad que sufrís y á daros la vida á vos y á los que están con vos.»

«Abgaro recibió esta carta de Anan, quien le entregó al propio tiempo la imagen del Salvador, que aun se conserva en la ciudad de Edesa.

«Después de la ascension de Jesús, Tomás, uno de los doce Apóstoles envió á Tadeo, otro de los setenta discípulos, á la ciudad de Edesa para curar á Abgaro y evangelizarle. Hospedóse en casa de Tobias, príncipe judío que se supone ser de la familia de los Prágráides, y que no habiendo abandonado el judaísmo en medio de los gentiles, se convirtió mas tarde al cristianismo. Difundióse luego la noticia por la ciudad, y cuando hubo llegado á oídos de Abgaro, dijo: «Es el mismo que me escribió Jesús.» Envióle á buscar y cuando Tadeo entró en el aposento apareció á Abgaro con el rostro resplandeciente, y el rey levantándose de su trono se postró y tributó homenaje con pasmo de los señores que le rodeaban. Abgaro, le dijo: «Si eres por suerte el discípulo del Bienaventurado Jesús que él dijo que enviara, ¿no puedes curar mi dolencia?» Tadeo le respondió: «Si tú crees en Cristo, el hijo de Dios, tus ruegos serán oídos.»

«Abgaro le dijo: «Yo creo en él y en su Padre, y por esto queria ponerme á la cabeza de mis tropas y destruir á la nacion judía que le crucificó, á no habérmelo estorbado los Romanos.» Entonces Tadeo evangelizó al rey y á toda la ciudad; luego imponiéndole las manos le curó, así como Abdia, príncipe tan considerado en la corte como entre el pueblo. Todos los enfermos y dolientes de la ciudad recobraron igualmente la salud; Abgaro y todos los habitantes de Edesa recibieron el Bautismo, cerraron las puertas de los templos y cubrieron con cañas las estatuas. Nadie abrazaba la fé con violencia, y con todo, el número de fieles iba cada dia en aumento. Abgaro además escribió á Tiberio la carta que sigue:

«Abgaro, rey de los Armenios, á mi señor Tiberio, emperador de los Romanos: salud. Aunque estoy convencido de que nada ignorais de cuanto ocurre en vuestro imperio, pongo, sin embargo, en noticia vuestra por medio de esta carta, como amigo fiel que soy vuestro, que los Judíos de Palestina han crucificado á Cristo á causa de su grandiosa y buena obra, y de sus milagros y portentos que se extendían hasta resucitar los muertos. Sabed que este poder no es del hombre sino de Dios mas bien. Así es que cuando le crucificaron el cielo se oscureció y tembló la tierra; resucitó á los tres dias y actualmente está cumpliendo en todas partes cosas portentosas por manos de sus discípulos. Vos sabéis lo que es del caso disponer respecto de los Judíos que han obrado de este modo. Es preciso mandar que en todas partes se adore á Cristo como verdadero Dios.»

A esto respondió Tiberio:

«Tiberio, Emperador de los Romanos, á Abgaro, rey de los Armenios: salud. Han leído en mi presencia la carta dictada por vuestra amistad y por la cual os doy gracias. Pilatos nos ha dado noticia circunstanciada en orden á los milagros de que ya habíamos oído hablar, y nos han dicho que después de su resurreccion habia sido reconocido como Dios por muchas gentes. Por esta razon me ha parecido deber hacer lo que vos me aconsejais; pero como segun costumbre establecida entre los Romanos, no se puede reconocer una divinidad que no me dé una orden del Senado, he consultado sobre dicho punto á este Cuerpo, el cual ha desechado mi propuesta. No obstante, hemos permitido á todos y á cada cual reconocer á Jesucristo por Dios, imponiendo pena de muerte al que lo calumnie. Por lo que hace á los Judíos que se han atrevido á crucificarle cuando era acreedor á honores y recompensas, y no á la cruz y la muerte, luego que haya reducido á la obediencia á los Españoles rebeldes, les impondré el castigo que merecen.»

Mucho ha dado que discurrir á los críticos la legitimidad de estas cartas, y Casaubon, Gretzer, Tillemont, Pagi, Du Pin y el P. Alexander han discutido sobre su autenticidad, fundándose en razones poderosísimas; pero otros escritores graves, con San Juan Damasceno, de Fide Orchod. lib. IV. cap. 17, San Ephren, sobre el testamento: Nicephoro, libro II, cap. 7, y Procopio de Bello Persico, lib. II, cap. 17, sin atreverse á negar la posibilidad de la correspondencia adoptada por Moisés de Khoren, se contentan con anunciar que tal vez el contesto de estas cartas no es el mismo. En el concilio reunido en Roma por San Gelasio, en el año 496, se hizo un catálogo de los libros canónicos, y se rechazaron como escritos apócrifos los de Fausto de Riez, y las espresadas cartas. Sin embargo, estas se hallan á la letra en el cronicon de Eusebio, y defienden su autenticidad los historiadores de la Armenia y de la Siria.

Nosotros solamente añadiremos con relacion al retrato, que sea cualquiera su procedencia, se conserva en Edesa, y los Armenios le profesan una veneracion igual á la que nosotros tributamos á la Santa Faz; y si no hay una razon plausible para dudar de estas piadosas tradiciones, menos lo habrá para negar en absoluto que los bustos de estas medallas no puedan ser copia de aquel retrato, sobre todo mientras no se pruebe con datos irrecusables su falsificación, ni la época de su acuñacion y procedencia. Por otra parte, la nobleza que se ve impresa en la espaciosa frente de Jesucristo, en donde está demostrada la inteligencia, la severidad de su rostro á la vez dulce y grave, y el respeto que inspira su aspecto total, desvanece sin esfuerzo en nuestro ánimo toda idea de superchería ó dolo, porque en verdad, si la medalla no tiene la antigüedad y precedencia que se la supone, es preciso convenir que el artista que buriló el troquel, ó estuvo inspirado, ó comprendió perfectamente cuál debía ser la imagen de nuestro Divino Salvador.

BUENAVENTURA HERNANDEZ SANAHUJA.

Tarragona, 1864.

Para mejor inteligencia del anterior artículo publicamos el adjunto grabado, que representa las monedas que en él se citan, copiadas directamente de los originales. Hé aquí su explicacion:

Núm. 1. Medalla de Jesucristo. La inscripcion del anverso debia decir completa

אחר ושו

Jessu hejad;

pero en esta medalla para indicar la palabra 1.ª, se ha usado solamente la inicial א.

Núm. 2. Un As romano de la época de la república, en el anverso la cabeza de Jano, y en el reverso la rostra con victoriola; en el exergo ROMA.

Núm. 3. Medalla de Ptolomeo Soter ó Servator, uno de los generales de Alejandro Magno, que en la reparticion del imperio después de la muerte de este héroe, le cupo el Egipto. En el anverso hay la cabeza de Ptolomeo, y en el reverso la cabeza de Berenices la Magna, su muger, con la inscripcion compuesta de letras perladas, esto es, hecha con puntos, así:

ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ  
ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ

Núm. 4. Moneda de Lysimaco, otro de los generales de Alejandro, que en la reparticion le cupo la Tracia. Su cabeza lleva los cuernos arietinos; es un buen bronce. En el reverso hay la Palas Nicefora descansando en Clípeo y esta leyenda:

ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΛΥΣΙΜΑΧΟΥ

Núm. 5. Moneda de Antioco Epífanes Niceforo IV. Reinó en Siria 174 años antes de J. C. En el reverso hay Júpiter Niceforo con asta y victoriola y esta inscripcion:

ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΝΤΙΟΧΟΥ

Regis Antiochi

ΘΕΟΥ ΕΠΙΦΑΝΟΥΣ ΝΙΚΗΦΟΡΟΥ

Dei Illustris Nicephoros.

Núm. 6. Cuarta parte de un siclo.—Moneda hebrea de cobre.—En el anverso hay una gavilla de trigo, con dos limones, y la inscripcion dice: SHENAT ARBA (Anno IV). En el reverso un cáliz ó copa llamada Gomor en donde se recogió el Manná; la inscripcion dice: LEGEULAT TSIDON (Redemptio Sion).

Esta moneda, segun el P. Calmet, se acuñó en el cuarto año de la vuelta de los Judíos del cautiverio, correspondiente al 533 antes de J. C.: otros, tal vez con poca crítica, la atribuyen á Simeon I, rey de Judea, 144 años antes de J. C.: pero para mí es mucha autoridad la de Calmet, y á ella me atengo.

## EPÍSTOLA.

Á MI AMIGO EL POETA

D. TEODORO LLORENTE.

Estinguense las luces de la tarde;  
Del sol la lumbre que reinó en el dia,  
Sobre un trono de nubes yo no arde;  
La luz crepuscular al mundo envía  
Su incierta claridad, claridad vaga,  
Vaga... como mi incierta fantasía.  
El pálido crepúsculo me halaga,  
Y gozó en contemplar cómo descende  
La negra noche que la luz apaga.  
En estas horas nuestra mente hiende  
La tropa voladora de los sueños,  
El alma de sus cárcel se desprende,  
Y, suelta en sus columpios halagüeños  
Mecida en sueños de jazmin y rosa,  
Cruza horizontes mágicos, risueños...  
Y nuestra fantasía no reposa,  
Volando de esperanza en esperanza,  
Como de flor en flor la mariposa.  
En estas horas con placer se lanza  
Mi corazón á altísimas regiones,  
Que el ojo humano á distinguir no alcanza,  
Y, viviendo de hermosas ilusiones,  
La mezquindad olvida de la tierra,  
De esta tierra de efímeras pasiones,  
De vicios y de crímenes y guerra!  
En estas horas, de miseria hastiado,  
Mi espíritu del mundo se destierra;  
Mi corazón, que nada aun ha saciado,  
Meciéndose en ensueños deliciosos,  
Olvida su presente y su pasado.  
Ven aquí, ven aquí; que son hermosos  
Estos breves momentos del poeta,  
Crepúsculos que mueren presurosos.  
¡Oh tú que llevas en tu mente inquieta  
Un poema de amor y con encanto  
Una muger tu inspiracion sujeta,



Siendo el peregrino objeto de tu canto,  
Y que en tu corazón y fantasía,  
Rindes á tu deidad un culto santo;  
Ven á soñar conmigo: tu alegría  
Ven á mezclar con mi mortal tristeza,  
Con mis tinieblas, tu luciente día;  
Y junta mi inconstancia á tu firmeza,  
Tu amor, á mis efímeros amores,  
Tu fe á mi duda, á mi ruin maleza  
Los fragantes capullos de tus flores,  
Y á este corazón que nada fija,  
El tuyo, fijo en sueños seductores!—  
Con su cariño un ángel regocija  
Tu amante juventud; la consecuencia  
Con que á los dos un mismo amor cobija,  
Como dos flores una misma esencia,  
Sin que temas olvido ni mudanza,  
Ni al cansancio, ni menos á la ausencia;  
¿Es excepción que vuestro amor alcanza?  
¿Es privilegio de la suerte acaso  
Que tiene favoritos en privanza?  
No lo sé, no lo sé; yo me abrí paso  
Por entre amores cien, soles brillantes,  
Mas todos se apagaron en su ocaso.  
De flores aspiré aromas fragantes,  
Mas todas se agostaron en un día;  
Mis pasiones son todas inconstantes:  
Cuanta ilusión de amor me sonreía  
Huyó con su sonrisa de un momento;  
Todo me cansa ya, todo me hastia,  
Nunca logro fijar el pensamiento  
Y mi imaginación nunca reposa:  
En medio de su eterno desaliento  
Desea sin cesar mi alma ambiciosa,  
Y vaga de esperanza en esperanza,  
Como de flor en flor la mariposa.  
¿Será que mi existencia ya se lanza,  
Abandonando el engañoso faro,  
Que le mintió de su puerto la bonanza,  
A donde fue á buscar quietud y amparo;  
Sin brújula en la mar, en noche oscura,  
Sin ver el resplandor de un astro claro,  
Y bogando al azar y con locura,  
Al ver rota en el suelo y destrozada  
La estatua que creyó de su ventura?  
O es que ha nacido mi alma destinada  
A no llenar jamás su hondo vacío,  
Y á tener que vivir siempre insaciada;  
Inconstante, por no tener hastío,  
Inconstante, por no encontrar qué ciegue  
La cima de su eterno desvarío.  
¡Inútil es, inútil que navegue!  
¡Si á deseos altísimos se aferra  
Que su timón y que sus velas plegue!  
Aunque recorra el ancho de la tierra,  
Nunca hallará la paz tras de que corre,  
Luchando del deseo con la guerra.  
Ven; y á tu amigo en su ansiedad socorre,  
Haz que esta sed de dicha algo me apague,  
Haz que del alma el afán se borre.  
¡Oh búscame en la tierra algo que halague  
Y fije el corazón, para que en calma  
Por las regiones de la dicha vague!  
Si yo alcanzase la soñada palma,  
Si cuando, ya del cuerpo desprendida,  
A su patria feliz vuela mi alma;  
Dejase, como huella de mi vida,  
Un nombre ilustre, un nombre de poeta,  
Que aprendiera la fama complacida,  
Y sonase en la voz de su trompeta;  
Siendo así eterno, acaso saciaría  
El desear eterno que me inquieta.  
Pero jamás, jamás la frente mía  
Sombreada el laurel; nunca en mi fosa,  
Sus largas hojas crecerán un día;  
Jamás, en el lugar do se reposa,  
Otra sombra tendré que me cobije,  
Que del ciprés la sombra silenciosa!  
A tí, querido amigo, no te aflige  
La suerte como á mí, mejor estrella  
A tu destino venturoso rije.  
En tu frente feliz ceñirá ella  
De mirto y de laurel una corona,  
De todas las coronas la mas bella!  
Tú, feliz! Tú feliz porque te abona  
La gloria de tu amor; yo, desgraciado,  
A quien la suerte próspera abandona!  
A amor eterno el corazón cerrado,  
En pos de gloria nunca conseguida,  
De deseo en deseo arrebatado,  
Sin esperanza, mas sin fe perdida;  
Llevado por el viento de la suerte  
Cual hoja seca rodará mi vida,  
Al hondo precipicio de la muerte.

JACINTO LABAILA.

## EL CIEGO DE LOS VALLES.

## NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuación.)

—¿Acabar? no, no; me queda todavía mucho que decir. En el momento que recibí aquella tercera carta salí en posta para Burgos en cuya ciudad me detuvo el temor de desobedecer á mi padre. Allí contaba yo los minutos por años de consumidora impaciencia. ¡Esperaba ver á mi padre! á mi padre á quien no conocía y por quien tanto había suspirado. Y mi padre venía rico, mi oscuridad iba desde luego á trocarse en opulencia... ¡Oh! voy á decirte mas todavía: mis abuelos habían desconocido y hasta casi invalidado el matrimonio de los que me dieron el sér; y yo pasaba por un hijo espúreo, bastardo, mestizo; por el hijo, en fin, de una mujer que había vendido su honor por un puñado de oro. ¿Entiendes? por eso la vuelta de mi padre me lo traía todo: la honra, el amor, la pasión, el cariño, toda la felicidad que yo podía entrever en mis sueños de niño y en mis aspiraciones de hombre.

—Y qué sacamos en limpio de semejante relación?

—Pronto lo sabrás: te he dicho que yo anhelaba con toda mi alma ver á mi padre cuanto antes. Lo que no te he manifestado es, que á medida que se acercaba el suspirado momento de mi rehabilitación, me parecía todo aquello un sueño demasiado feliz, por lo cual de vez en cuando me asaltaban los presentimientos mas desconsoladores. Había yo parado en la mejor posada de Burgos y esperaba con avidez cada vez mas creciente. Era cerca del amanecer y habíame quedado dormido, porque hacía tres ó cuatro noches que no entornaba mis párpados. De pronto siento que me llaman y veo junto á mí á un anciano de bondadosa fisonomía, cuyos vestidos chorreaban agua. Estaba nevando y el pobre hombre hacia pocos instantes que había penetrado en Burgos. Presumí que venía de parte de mi padre y en verdad que no me engañé. Mi padre se había visto en la precisión de detenerse en un pequeño pueblo de la frontera, y antes de penetrar en España me enviaba el único criado que traía de América, ordenándome que en vez de esperarle en Burgos saliese á recibirle hasta Pamplona. De este modo acortábamos la distancia y nuestra primera entrevista podría efectuarse con mayor prontitud.

A medida que el joven vizconde del Pino avanzaba en su relato, pintábase en su fisonomía un sello tal de profunda tristeza que cualquiera hubiera creído que iba á llorar. Su emoción era grande, pero á pesar de ella prosiguió con acento sombrío y con los ojos enjutos y ardientes.

—Sí, sí, mi padre se había quedado enteramente solo, porque era un valiente y mas que todo, porque deseaba estrechar contra su pecho al hijo de sus entrañas. Dentro de tres horas, me dijo el fiel criado, nos pondremos en camino y llegaremos pronto á la capital del antiguo reino de Navarra. Creí que era muy justo que descansase durante aquellas tres horas y dominé mi impaciencia. ¡Pobre de mí! la fatalidad había dictado el fallo mas horrible y toda mi dicha debía venir á tierra para hundirme otra vez en el abismo de la desesperación. El criado de mi padre había pedido un poco de fuego para secar sus vestidos, y en el punto mismo en que pensaba tomar alimento, cayó inerte junto á mí como herido de un rayo. El infeliz era víctima de una apoplejía tan violenta, tan fulminante, que una hora despues había dejado de existir. En su consecuencia, me vi precisado á detenerme un día mas en Burgos. Más que un criado de mi padre, de-

bia ser un noble y cariñoso amigo. Creí por lo tanto que no debía dejar un cadáver sin que antes de mi partida le diese la conveniente sepultura...

El jóven se interrumpió y dirigiéndose al pretendido marqués, le dijo con el mas profundo rencor.

—¿No es verdad que todo esto no deja de ser divertido? di, responde: ¿no es cierto que de semejante historia se podría formar un drama lleno de dolorosas y repugnantes peripecias? Lástima es que todavía no haya parecido por la escena el verdadero protagonista de este drama, y lástima tambien que ese personaje solo sea digno de subir á un cadalso; pero me dirás que á nada conducen mis digresiones y voy á ser todo lo breve que pueda. Enterrado el cadáver de aquel infeliz, llamé á mi mozo y montamos á caballo dirigiéndonos á Pamplona. Creo haberte hecho la indicación de que mi padre me había remitido una letra de á mil duros con cuya cantidad me creía un potentado. Si no alquilé un coche fue únicamente porque no pude hallarlo. El tiempo estaba infernal; pero á mí no me arredraba el tiempo. Lo único en que pensaba constantemente era en conocer á mi padre.

Llegué á Pamplona, indagué, pregunté, inquirí cuanto pude y nadie supo darme razón. Todos mis esfuerzos fueron inútiles, y estando ya convencido de que mi padre no había entrado en aquella capital, me decidí á continuar mi camino por el valle de Baztan. Mi criado y yo íbamos bien armados y lo único que me contrariaba era el no poder avanzar mas de prisa por el mal estado de los caminos. Por todas partes se alzaba media vara de nieve que cubría los montes, los valles, los árboles y los tejados de los pueblos. Aquello era mágico y triste á la vez; era un panorama que no dejaba de tener ciertos encantos. Parecía que la naturaleza estaba sin vida y como envuelta en un inmenso sudario, blanco como la cabeza de un viejo venerable.

Inopinadamente, cuando acabábamos de llegar á cierto recodo que formaba el camino, vimos á lo lejos y en contraria dirección de la que nosotros llevábamos, un hombre montado sobre un fogoso bruto que se nos acercaba rápidamente. Me atreví á cobijar la esperanza de que sería mi padre, y mi pecho palpitó con violencia. El caballo aquel parecía que volaba; no había para él obstáculo de ninguna especie, y por cada vara de terreno que avanzábamos, él ganaba un espacio seis veces mayor. En una palabra, caballo y gineete llegaron junto á mí, sin que este último se detuviese un instante, ni quisiera prestar atención á las palabras que yo traté de dirigirle. Si hoy hubiese sucedido eso, de seguro que no me faltarian fuerzas ni voluntad para castigar semejante grosería; pero entonces tenía yo 15 años y me limité á quedarme parado en medio del camino contemplando al hombre aquel que seguía siempre á escape sin cuidarse de nada. Por lo demás, aquel viajero no podía ser mi padre, porque su trage, además de humilde, se hallaba en muy mal estado. Lo que sí me chocó bastante fue que un hombre pobremente vestido montase sobre un animal tan arrogante, que además lucía ricos arneses. Mi criado me hizo observar que el rostro del viajero parecía sumamente turbado. Ahora bien, marqués de Cantolagua, ¿puedes tú presumir quién sería el hombre aquel que caminaba con semejante precipitación?

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.